APACHETA

Rodolfo Cerrón-Palomino

"Item los Serranos adoran los montones de piedras que hazen ellos mesmos en las llanadas o encruzijadas, o en cumbres de montes, que en el Cuzco y en los Collas se llaman Apachitas, y en otras partes las llaman Cotorayac rumi, o por otros vocablos".

Polo de Ondegardo ([1559] 1985: 253)

0. Con el nombre de *apacheta* se designa en la región andino sureña, concretamente en el Perú, Bolivia, Chile, y el noroeste argentino, a los montículos de piedra acumulados en lugares especiales, principalmente en las cumbres de los cerros, por los caminantes indígenas que transportaban cargas pesadas, a manera de ofrenda simbólica a sus divinidades para que éstas los aliviaran de las fatigas y del cansancio de sus trajines. En cuanto a la extracción lingüística del término, nos complace señalar que la vigésimosegunda edición del Diccionario de la RAE ha recogido la sugerencia hecha por el equipo de lexicógrafos peruanos en el sentido de atribuirle un origen aimara, rectificando de este modo lo señalado en los registros léxicos del área, cuyos autores se inclinan unánimemente por otorgarle una procedencia quechua. Sirva ahora

esta nota para ocuparnos del vocablo mencionado, cuya etimología tanto formal como semántica ha sido objeto de no pocas malinterpretaciones.

1. Cuestiones de forma. Como americanismo de origen andino, la forma consagrada del vocablo es, según lo anunciamos, *apacheta*. Así lo consignan, desde Arona (1884) y Palma (1895), pasando por Lenz (1905), hasta nuestros lexicógrafos contemporáneos, entre ellos Ugarte Chamorro (1995), para el Perú, y Gómez y Fernández (1996), para Bolivia¹, incluyendo la RAE (2001). Sin embargo, tal no ha sido siempre la forma más usada, y ello se echa de ver tan pronto como se pasan a revisar los registros tanto históricos como lexicográficos de la colonia, en especial los más tempranos. En efecto, pronto se constata en ellos que la forma casi unánimemente empleada por los escritores de la época era *apachita*, es decir tal como hasta ahora se la registra en los vocabularios quechuas (cf. Lira [1941] 1982, Herrero y Sánchez de Lozada 1983) y aimaras (cf. de Lucca 1983, Deza Galindo 1989) modernos. No hay duda, pues, que ante una alternancia como *apachita* ~ *apacheta*, el oído español se acomodó mejor a la segunda forma, dejando a la primera seguir disfrutando de su existencia en los repositorios del quechua y del aimara, lenguas en las que el vocablo no ha perdido ciertamente su fisonomía originaria². Dijimos, líneas arriba, que la forma con vocal *i* es la que corre más cómodamente en los documentos

¹ La excepción la da el reciente *Diccionario histórico de Bolivia*, que en un arranque indigenista adoptado por sus editores, recoge la variante *apachita*, que se explicaría como voz indígena mas no como indigenismo dentro del castellano, contradiciendo sin embargo el significado del vocablo proporcionado allí, que no es precisamente el originario (cf. Barnadas et al. 2002: 139-140).

² Curiosamente, en su vocabulario aimara, Ayala Loayza (1988: 71) registra la forma <apacheta>, contradiciendo el mismo ejemplo que proporciona a manera de ilustración de su uso: "Apachitan suyatayitu: Me había esperado en la apacheta". Paradójicamente, por la manera en que aparece registrada la entrada, pareciera que el vocablo fuera, en opinión del autor, de origen castellano.

iniciales de la colonia, y ello es absolutamente cierto, según lo podemos constatar no sólo en los tratados lexicográficos del quechua y del aimara (cf. Anónimo 1586 y González Holguín [1608] 1951, para el quechua; y Bertonio [1612] 1984, para el aimara) sino también en los crónicas (cf. Molina [1573] 1989: 128³, Acosta [1588] 1954: V, V, 144; Murúa [1613] 1987: II, XXXVI, 445; Guaman Poma [1615] 1936: 262; Cobo [1653] 1956: XIII, XI, 166) y tratados de índole religiosa (cf. Polo de Ondegardo [1559] 1985: 253; Albornoz [1581] 1989: 168; y Pérez Bocanegra 1631: 155). La única excepción, en la forma de *apacheta*, la dan el presbítero Alvarez ([1588] 1998: cap. 140, 77-78) y el cronista indio Santa Cruz Pachacuti ([1613] 1993: fol. 9v), quien sin embargo lo hace alternando con la otra, es decir con *apachita*. De manera que la forma con vocal abierta (con *e* en lugar de *i*) goza también, como se ve, de alguna antigüedad. Y si bien, en el caso de Alvarez, el registro de <apacheta> puede achacarse a pronunciación española, ¿cómo explicar, en el quechua de Santa Cruz Pachacuti, la variante <apacheta>? Como puede verse, la voz no ofrece ningún contexto (léase contacto con una consonante postvelar o posición en final absoluta) que propicie la apertura de la vocal. En tal sentido, se nos ocurre que la explicación del fenómeno puede estar en la naturaleza del timbre de la vocal quechua o aimara en voces como la estudiada, en las que adquiere una pronunciación intermedia entre la *i* y la *e* castellanas, de manera que bien podría escribirse con la letra correspondiente a esta última, como seguramente la interpretó Alvarez, o como lo prueba, de manera más elocuente, la vacilación en que incurre el cronista de Canas y Canchis. Así, pues, en el timbre vocálico peculiar de la *i* de <apachita> (es decir [apaɕita]) puede encontrarse la raíz de la preferencia de la variante *apacheta* como voz propia del castellano andino, pero también, al lado de ello, creemos que igual rol, y quizás

3 En la versión que manejamos, el vocablo aparece groseramente transcrito como <chupasita>, error en este caso correctamente aclarado por los editores de la obra (cf. nota 144).

más decisivo, jugó la influencia del Inca Garcilaso, responsable de la etimología que pasaremos a examinar.

2. La etimología del Inca. De todos los cronistas del siglo XVI y comienzos del XVII, el Inca Garcilaso, siguiendo con su declarado intento de enmendarles la plana a los historiadores de su tiempo en materia de terminología quechua, es el primero en ofrecernos lo que él considera la forma correcta del vocablo estudiado. Esta sería <apachecta>, según nos lo refiere en el siguiente pasaje, citado *in extenso*:

Declarando el nombre *Apachitas* que los españoles dan a las cumbres de las cuestras muy altas y las hazen dioses de los indios, es de saber que ha de dezir *Apachecta*; es dativo, y el genitivo es *Apachecpa*, de este participio de presente *apáhech*, que es el nominativo, y con la sílaba *ta* se haze dativo: quiere dezir al que haze llevar. Pero conforme a la frasis de la lengua, [...] quiere dezir demos gracias y ofrezcamos algo al que haze llevar estas cargas, dándonos fuerças y vigor para subir por cuestras tan ásperas como ésta, [...] (Garcilaso [1609] 1943: II, IV, 73).

Pues bien, con tales argumentos aparentemente contundentes, la autoridad del Inca no se dejó esperar. En efecto, como haciendo eco de la lección del historiador mestizo, el jesuita José de Arriaga, célebre extirpador de idolatrías, se apura en hacer los exorcismos lingüísticos respectivos al tratar sobre el tema que nos ocupa, en los siguientes términos:

A estos montoncillos de piedra suelen llamar [los españoles], corrompiendo el vocablo, *Apachitas*, y dicen algunos que los adoran, y no son sino las piedras que han ido amontonando [los indios] con esta superstición, ofreciéndoles a quienes les quita el cansancio y les ayuda a llevar la carga, que eso es *Apacheta* [...] (Arriaga [1621] 1999: VI, 69-70).

Sin embargo, el aplicado destructor de huacas, no parece estar muy convencido de las disquisiciones gramaticales del historiador cuzqueño, y prefiere abogar por una forma intermedia que, si bien no reproduce la ofrecida por el Inca, se aproxima bastante a ella en el tratamiento vocálico del término. Quienes le tomarán la lección al pie de la letra al ilustre mestizo serán el arzobispo Pedro de Villagómez (1649), empeñoso reanudador de la empresa antidolátrica, citado por Tschudi ([1891] 1918: 77), y el jesuita anónimo responsable de la tercera edición del *Arte, y vocabulario* de Torres Rubio ([1619] 1754: 150), declarado partidario de la tesis garcilasiana de la corrupción idiomática del quechua por parte de los españoles, según se puede leer en sus “advertencias” a la versión mencionada. En ambos casos la forma registrada es <apachicta>⁴, es decir reproduciendo implícitamente el análisis gramatical postulado por el Inca, aunque prefieran mantener la vocal cerrada, quizás por estar conscientes, sobre todo en el caso del segundo de los religiosos, de que en última instancia la pronunciación de las vocales altas del quechua podían escribirse indistintamente con <i, u> o con <e, o>, según lo señalaba el propio Torres Rubio.

Más tarde, entre los “redescubridores” del quechua y del aimara, Tschudi (*op. cit.*) y Middendorf ([1895] 1974: 71-72), cual alumnos aprovechados del Inca, no sólo aceptan la forma postulada por el historiador cuzqueño, sino que hacen suyo el análisis gramatical de éste, con la interpretación semántica que se deriva de todo ello. Tanto apego al criterio de autoridad no deja de asombrar sobre todo tratándose de eximios conocedores de la lengua, para quienes no habría sido

⁴ Para ser más exactos, el filólogo suizo consigna en verdad <apatsixta>, siguiendo la notación desarrollada por él mismo, en la que sólo queda por explicar la forma fricativizada del agentivo (es decir, <x> en lugar de <c>), que obviamente responde a la “adaptación” del quechua colonial cuzqueño al de los tiempos del autor, pues no creemos que la palabra se haya decantado regularmente, en los términos señalados, en labios de los hablantes de la lengua (*cf.* Tschudi, *op. cit.*, 76-78).

difícil darse cuenta del artificio gramatical de que se valió el Inca para sentar su propuesta etimológica. Por lo visto, la noción de “plausibilidad semántica”, principio que debe guiar todo análisis onomástico, era ajeno aún a tales estudiosos. Dicho esto, conviene volver ahora al pasaje garcilasiano citado para examinarlo detenidamente.

3. **El artificio de <apachecta>.** Conforme se vio en § 1, hasta antes de la aparición de los *Comentarios*, en todas las obras citadas, con una sola excepción, nuestro vocablo aparece consignado como <apachita>. Este hecho, pero sobre todo el registro de la voz por parte de nuestros lexicógrafos tanto coloniales como contemporáneos, da pie como para postular que, en efecto, la forma originaria del término habría sido **apachita*. No es difícil imaginarse entonces que el Inca, desconcertado ante un vocablo como éste, (cuyo significado cabal no puede inferirse a partir del quechua, fuera de reconocerse en él la expresión ‘hacer llevar’ o ‘encargar’, codificada por la sumatoria del tema de aquél, formado por la raíz *apa-* ‘llevar’ (común también al aimara) y el sufijo causativo quechua *-chi*), recurra a sus conocimientos gramaticales de la lengua para tratar de encontrarle, allí donde no existe, el sentido que supuestamente le imprimiría, aunque parcialmente, “la sílaba” *-ta*, que nuestro historiador identifica con la marca acusativo del quechua, que codifica también al dativo. De esta manera, la forma <apachita>, al serle gramaticalmente ininteligible, podía parecerle una buena muestra de “corrupción idiomática”, que debía ser corregida, aun a costa de forzar los hechos. Y así, en un arranque de imaginación, nuestro autor busca “reconstruir” la expresión que él considera exacta, para lo cual introduce en ella, de manera de darle sentido, la marca del participio de presente, es decir *-q*: la forma originaria del vocablo habría sido, pues, <apachecta> (es decir [apačeqta]), que se analizaría como *apa-chi-q-ta* (donde la vocal *i* del causativo deviene e al estar en contacto con la postvelar *q*). Merced a tales acomodos, la expresión resulta ahora menos oscura, pues literalmente significaría algo como “al que haze llevar”, para usar la misma

glosa empleada por el Inca. Pero como, así y todo, ella sigue siendo forzada (pues no hay modo de saber quién es el “que haze llevar” ni de declarar “qué es lo que haze llevar”), hábilmente nos dirá que la expresión es en verdad la manifestación elíptica (un “frasis de la lengua”) de toda una invocación, que el autor parafrasea como “demostramos gracias y ofrecemos algo al que haze llevar estas cargas, dándonos fuerças y vigor para subir por cuestas tan ásperas como ésta”. De este modo, recurriendo arbitrariamente a reajustes en forma y significado, Garcilaso propone una etimología *sui generis* del término, en abierto contraste con la evidencia proporcionada por las fuentes más tempranas del quechua y del aimara. Habiéndosele tomado la palabra como conocedor del quechua, deviniendo en autoridad indisputable en materia de lengua, no debe extrañar que la propuesta etimológica del Inca haya tenido fortuna, no sólo entre sus seguidores sino incluso entre sus propios detractores. Sin embargo, debemos señalar que en este punto, como en muchos otros (cf. Cerrón-Palomino 2004, para sus disquisiciones toponímicas), el ilustre historiador, como los humanistas de su tiempo, no podía librarse de lo que se denomina etimología popular, ofreciéndonos, en el caso concreto que nos ocupa, un artificio antes que una etimología científica.

4. Origen aimara del término. Conforme ya lo adelantamos en otro lugar (cf. Cerrón-Palomino 1993), y contra la opinión generalizada de atribuirle un origen quechua, todo conduce a sostener que el vocablo <apachita> es en verdad un derivado aimara del tema verbal quechumara *apa-chi-*, seguido de la marca participial aimara *-ta*, con el significado literal de ‘aquello que es encargado’, o simplemente ‘lo encargado’. Obviamente, de la estructura del término se deduce que éste fue “creado” por un pueblo de habla bilingüe que, aunque en trance de quechuizarse (de allí el recurso al tema *apa-chi-* ‘encargar’), todavía se sentía más “creativo” empleando su gramática aimara originaria. Este pueblo no pudo haber sido sino el cuzqueño de los tiempos de Tupac Yupanqui, de habla aimara en trance de quechuización (ver, para este punto,

Cerrón-Palomino 1998, 1999). Más tarde, cuando el aimara es desplazado definitivamente por el quechua en el área cuzqueña, voces como la estudiada (o como la propia *amauta*, de la que nos ocupamos en una entrega anterior; cf. Cerrón-Palomino 2001), es decir con gramática aimara, ya resultan ininteligibles para los quechuistas del momento, quienes, en el afán por entenderlos, no vacilan en reinterpretarlos antojadizamente como si tuvieran gramática quechua. Conforme lo iremos demostrando en adelante, como resultado de dicha práctica, consciente o inconsciente, buena parte de la terminología institucional del incario, naturalmente acuñada en aimara, ha sido quechuizada a ultranza. Como lo fue la voz *apachita* en las disquisiciones etimológicas del Inca.

Ahora bien, que la voz fue originaria del Cuzco y de la región altiplánica, por excelencia, nos lo dice un viejo conocedor de las antiguallas del imperio como Polo de Ondegardo (ver epígrafe), y esto se confirma ciertamente con lo registrado en los léxicos modélicos del quechua (cf. González Holguín, *op. cit.*, I, 30) y del aimara (cf. Bertonio, *op. cit.*, II, 23). Fuera de dicho territorio, se empleaban otros términos o expresiones para designar lo mismo. Sin ir muy lejos, el propio Polo de Ondegardo registra el paralexema <Cotorayac rumi> (es decir, [qutu-ra-yaq rumi]), que literalmente, y de modo más descriptivo, significa ‘piedras amontonadas’, y Albornoz, gran conocedor de huacas y adoratorios, a su turno, refiere que la voz <apachita> es también conocida, “por otro nombre”, como <camachico> (es decir [kama-chi-ku-q]) (cf. Albornoz, *op. cit.*, 168), cuya glosa aproximada podría ser la de ‘encargadero’ o, más literalmente, ‘lo que uno encarga’. Como veremos, este último significado resulta mucho más próximo al expresado por <apachita>.

Volviendo a la etimología del término, ya vimos cómo los intentos por explicarla a partir del quechua no encontraban motivación formal. En tal sentido, llamábamos la atención sobre la mala práctica consistente en querer explicarlo todo a partir de dicha lengua. Pero lo cierto es que tampoco faltan

ejemplos que ilustren la tendencia contraria, es decir la de pretender explicarlo todo en función del aimara. Esto es precisamente lo que ocurre con *apacheta*. En efecto, en su vocabulario religioso del aimara, van den Berg (1985: 26), tras admitir que el origen del vocablo no es “del todo claro”, sugiere sin embargo que podría estar formado de la raíz *apa-* ‘llevar’ y del sufijo de transición de segunda persona a primera, es decir *-ita*, significando algo así como “me haces llevar” (!). Aparte de que echamos de menos en dicho análisis la mención al causativo *-chi*, que sin embargo el autor asume en su glosa, lo que llama la atención es la implausibilidad semántica del nombre, que recuerda los circunloquios forzados del Inca. Por tales razones, sobra decir que descartamos dicha propuesta etimológica, así como desechamos también, de paso, la interpretación similar que da del término *alasita*, voz de origen esta vez eminentemente aimara.

5. Cuestiones de significado. Al revisar las fuentes documentales, especialmente las coloniales, pronto se echa de ver que no hay consenso en cuanto a la significación del vocablo que nos ocupa. En efecto, encontramos allí por lo menos tres significados atribuidos al término, a saber: (a) “montoncillos de piedras”, (b) cumbres de montes y encrucijadas, y (c) simple expresión ilocutiva. De ellos, no es difícil advertir que el primero es el significado que ha prevalecido, a la par que el último es el propuesto por el Inca; el segundo, a su turno, muy ligado al primero, es el aportado

⁵ Vocablo que designa a ciertos objetos en miniatura que se comercian en determinadas ferias religiosas de las comunidades altiplánicas. Según la etimología popular corriente, y la del autor mencionado (*cf. op. cit.*, 16), la palabra sería la forma imperativa, en transición de primera persona a segunda, del verbo *ala-* ‘comprar’, de modo que podría glosarse por “¡cómprame!” (a partir del análisis *ala-s-ita*). Una vez más, el significado, que pasa por alto lo aportado por el sufijo medio-pasivo *-si*, resulta absurdo para referir a un objeto físico. Lo más probable es que, aquí también, estemos simplemente ante una forma derivada que puede glosarse como ‘lo comprado en provecho de uno’ (a partir del análisis *ala-si-ta*), que eso es precisamente lo referido por el término.

por historiadores más bien tardíos (Albornoz, Acosta, Alvarez, Murúa y Cobo). La pregunta que debemos formularnos ahora, tras la dilucidación formal del vocablo, consiste en averiguar cuál fue la motivación originaria de la designación y cómo se explican las distintas interpretaciones que se le asignan. En lo que sigue intentaremos responder estas cuestiones.

Empezando por el primer significado, que es el que ofrecen las fuentes más tempranas y mejor autorizadas (Polo, González Holguín y Bertonio), debemos decir que, en verdad, es el que mejor se ajusta al sentido de la palabra. En efecto, en este caso, 'lo encargado' o 'lo ofrendado' a la divinidad son, simbólicamente, las piedrecillas, como podrían haberlo sido, según el propio Inca, las pestañas, los hachos de coca, y, "a más no poder ni tener otra cosa mejor [...], algún palillo o algunas pajuelas [...]" (cf. *op. cit.*, 74). Se entiende, sin embargo, que la ofrenda más socorrida, aunque no exclusiva, eran las pedrezuelas, cosa que parece minimizar el ilustre mestizo, sugiriéndonos que era una especie de último recurso, cuando, de ser cierto, no podrían explicarse precisamente los montículos de piedra que se formaban como resultado de tales ofrendas, según lo señala el propio historiador. Se trataba, pues, de un significado bastante concreto, pero estrechamente ligado a un acto de profunda devoción trascendental.

En cuanto al segundo valor, indesligable del primero, corresponde al resultado de una extensión metonímica de llamar al todo por la parte: en la medida en que las ofrendas se hacían en las cumbres o encrucijadas de los montes y collados, tales lugares pasaron a ser designados como *apachitas*. De esta manera, en verdad, se cierra un círculo: las cumbres y los pasajes cordilleranos eran también objeto de veneración dentro de la religiosidad andina, los que a su vez eran motivo de manifestaciones votivas en los trajines de los viajeros abrumados por las cargas que llevaban.

Finalmente, en relación con el tercer significado del vocablo, no hay duda de que se trata de algo elaborado

exclusivamente por el Inca historiador. Ello, por dos razones fundamentales: lingüísticas e ideológicas, la primera al servicio de la segunda. En efecto, Garcilaso, defensor a ultranza de la concepción de un Dios supremo e invisible (su <Pachacámac>) por parte de los antiguos peruanos, no podía aceptar que sus paisanos tuvieran muestras de una religiosidad más bien animista. De allí que no sólo ridiculiza o, en el mejor de los casos minimiza, los significados anteriores sino que, recurriendo a un malabarismo gramatical ingenioso, quiere decirnos que en verdad *apachita* (o sea su <apachecta>) no es sino una frase ilocutiva dirigida a la divinidad suprema e invisible, y que los españoles, al no comprender las circunstancias en las que se producía dicho acto ilocutivo, malinterpretaron el significado prístino del vocablo, achacándolo torpemente al contexto físico y material en el que se profería la invocación. Nos lo dice, textualmente:

dizen los historiadores españoles que [los indios] llamavan Apachitas a las cumbres de las cuestras, entendiendo que hablaban con ellas, porque allí les oían dezir esta palabra *Apachecta*, y, como no entienden lo que quiere dezir, dánselo por nombre a las cuestras. [...] Y las ofrendas, más eran señales de sus afectos que no ofrendas; porque bien entendían que cosas tan viles no eran para ofrescer (Garcilaso, *op. cit.*, 73-74).

Queda claro, entonces, que la interpretación del término propuesto por el historiador mestizo carece de todo fundamento formal y semántico, y, en tal sentido, debe ser tomada, a lo sumo, como una muestra más de su apasionada y ardorosa visión de las antiguallas del imperio de sus ancestros. Obviamente no es ésta la significación del vocablo que ha prevalecido, y apenas, que sepamos, sólo Tschudi, devoto del Inca en muchos aspectos, lo retoma casi al pie de la letra⁶.

⁶ Persisten, en cambio, los dos primeros significados, como se puede ver incluso en el DRAE. Incidentalmente, el uso del término *majano* como

6. **Nota final.** Combatidas tenazmente por los extirpadores e historiadores conversos de la colonia (Guaman Poma, entre los últimos), descritas como una curiosa preservación de antiguos ritos por los viajeros del siglo XIX, ridiculizadas por la escuela y profanadas por las vías terrestres de comunicación modernas, las *apachetas* apenas si subsisten, como práctica de indios y mestizos, en los lugares más tortuosos e inaccesibles de los Andes. Aquí y allá quedan, sin embargo, derruidas cuando no enterradas, las huellas materiales de su presencia. Como van las cosas, en tiempos no muy lejanos desaparecerán sus vestigios, y entonces el mismo vocablo devendrá obsoleto, y pasará a formar parte del léxico institucional inerte del universo andino, como tantos otros que enmudecieron al dejar de ser funcionales. A fines del siglo XIX, Middendorf pudo registrar, además de los ya indicados, dos significados extensivos más del término: (a) 'descansar' y (b) 'tiempo de descanso', ambos derivados obviamente del hecho de que "al llegar a la cima de una cuesta suele descansar" en los viajes (cf. Middendorf 1890: 53). Que sepamos, tales valores resultan desusados ya. De otro lado, camino de la obsolescencia parece estar también el derivado *apachetero*, como equivalente de "asaltador" o "salteador de caminos", reportado tanto en el Perú (cf. Farfán 1957: 67) como en Bolivia (cf. Gómez y Fernández, *op. cit.*), respectivamente. La modernización en las vías de comunicación terrestre liquidó también, seguramente, viejas prácticas y conductas asociadas con el arrieraje.

equivalente de "montón de piedras" en la definición de la primera significación de *apacheta*, por parte de los lexicógrafos de la entidad mencionada, no pudo haber sido más desafortunado, pues se ha empleado un vocablo de carácter local en un texto destinado a una audiencia universal.

Referencias

ACOSTA, José de

[1588] 1954 *Historia natural y moral de las Indias*. En *Obras*. Madrid: BAE, Ediciones Atlas, pp. 3-247.

ALBORNOZ, Cristóbal de

[1581] 1989 *Instrucción para descubrir todas las guacas del Pirú y sus camayos y haziendas*. En *Fábulas y mitos de los incas*. Madrid: Historia 16, pp. 163-198.

ÁLVAREZ, Bartholomé

[1588] 1998 *De las costumbres y conversión de los indios del Perú. Memorial a Felipe II*. Madrid: Ediciones Polifemo.

ANÓNIMO (¿Alonso de Barzana?)

1586 *Arte, y vocabulario en la lengua general del Perv*. Lima: Antonio Ricardo, Editor.

ANÓNIMO (¿Blas Valera?)

[1595] 1992 *Relación de las costumbres antiguas de los naturales del Pirú*. En *Antigüedades del Perú*. Madrid: Historia 16, pp. 45-122.

ARONA, Juan de

1884 *Diccionario de Peruanismos*. Lima: Librería Francesa Científica, J. Galland.

ARRIAGA, Pablo José de

[1621] 1999 *La extirpación de la idolatría en el Pirú*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".

AYALA LOAYZA, José Luis

1988 *Diccionario aymara-español / español-aymara*. Lima: Editorial Juan Mejía Baca.

BARNADAS, Josep M. (Ed.)

2002 *Diccionario histórico de Bolivia*. Sucre: Grupo de Estudios Históricos.

BERTONIO, Ludovico

[1612] 1984 *Vocabulario de la lengua aymara*. Cochabamba: Ediciones CERES-IFEA.

CERRÓN-PALOMINO, Rodolfo

1991 "El Inca Garcilaso o la lealtad idiomática". *Lexis*, XV: 2, pp. 137-178.

1993 "Los fragmentos de gramática quechua del Inca Garcilaso". *Lexis*, XVII: 2, pp. 219-257.

2001 "Onomástica andina: Amauta". *Boletín de la Academia Peruana de la Lengua*, 34, pp. 221-235.

2004 "Las etimologías toponímicas del Inca Garcilaso". *Revista Andina*, 38, pp.

COBO, Bernabé

[1653] 1956 *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid: BAE, Ediciones Atlas.

DE LUCCA, Manuel

1983 *Diccionario aymara-castellano/castellano-aymara*. La Paz: C.A.L.A.

DEZA GALINDO, Juan Francisco

1989 *Diccionario aymara-castellano/castellano-aymara*. Lima: CONCYTEC.

FARFÁN, J. María B.

1959 *Quechuismos: su ubicación y reconstrucción etimológica* (Sobretiro de la *Revista del Museo Nacional*, Tomos XXVI-XXVIII).

GARCILASO DE LA VEGA, Inca

[1609] 1943 *Comentarios reales de los Incas*. Buenos Aires: Emecé Editores S.A.

- GÓMEZ, Dora y Nicolás Fernández
1996 *Diccionario de bolivianismos*. La Paz: Ediciones Los Amigos del Libro.
- GONÇÁLEZ HOLGUIN, Diego
[1608] 1952 *Vocabulario de la lengua general de todo el Perv llamada lengua qquichua o del Inca*. Lima: U.N.M.S.M.
- GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe
[1615] 1936 *Nueva coronica y buen gobierno*. París: Institut d'Ethnologie.
- HERRERO, Joaquín y Federico Sánchez de Lozada
1983 *Diccionario Quechua*. Cochabamba: C.E.F.CO.
- LENZ, Rodolfo
[1905] 1977 *Diccionario etimológico de las voces chilenas deri-vadas de lenguas indíjenas americanas*. Santiago: U. de Chile, Seminario de Lingüística Hispánica.
- LIRA, Jorge A.
[1941] 1982 *Diccionario kkechuwa-español*. Bogotá: Cuadernos Culturales No. 5.
- MIDDENDORF, Ernst W.
1890 *Wörterbuch des Runa Simi oder der Keshua-Sprache*. Leipzig: Brockhaus.
[1895] 1974 Perú. Lima: UNMSM, Tomo III.
- MOLINA, Cristóbal de
[1573] 1989 *Relación de las fábulas i ritos de los ingas*. En *Fábulas y mitos de los incas*. Madrid: Historia 16, pp. 49-134.
- MURÚA, Martín de
[1613] 1987 *Historia general del Perú*. Madrid: Historia 16.

PALMA, Ricardo

[1895] 1953 "Neologismos y americanismos". En *Obras Completas*. Madrid: Aguilar S.A. Ediciones, pp. 1377-1406.

PÉREZ BOCANEGRA, Iván

1631 *Ritual formulario, e institución de curas*. Lima. Geronymo de Contreras, Editor.

POLO DE ONDEGARDO, Juan

[1559] 1985 *Los errores y supersticiones de los indios. En Confessionario para los curas de indios*. Madrid: C.S.I.C., fols. 7-16.

REAL ACADEMIA DE LA LENGUA

2001 *Diccionario de la lengua española*. Madrid: Rotapapel, S.L.

SANTA CRUZ PACHACUTI, Joan de

[1613] 1993 *Relación de antigüedades deste reyno del Pirú*. Cuzco: C.E.R.A. "Bartolomé de Las Casas".

TORRES RUBIO, Diego de

[1619] 1754 *Arte, y vocabulario de la lengua quichua*. Lima: Imprenta de la Plazuela de San Christoval.

TSCHUDI, Johan Jakov von

[1891] 1918 *Contribuciones a la historia, civilización y lingüística del Perú antiguo*. Lima: Imprenta y Librería Sanmarti y Ca.

UGARTE CHAMORRO, Miguel Angel

1995 *Vocabulario de peruanismos*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

VAN DEN BERG, Hans

1985 *Diccionario religioso aymara*. Iquitos: CETA-IDEA.

VILLAGÓMEZ, Pedro de

1649

*Carta pastoral de exortación e instruvccion
contra las idolatrías de los indios del
arçobispado de Lima.* Lima: Jorge López de
Herrera, Impresor.